

## GERARDO HORACIO PAGÉS

(1920-1999)

Habría querido pronunciar estas palabras en una de las sesiones regulares de nuestra Academia, tal como se había convenido. El largo cierre de nuestra sede, forzado por la pandemia que no nos permite todavía retomar la disposición de la vida diaria a la que llamamos normal, y una prudente sugerencia del Secretario Dr. Oteriño, me convencieron de procurar que no terminara el año sin haber cumplido con la obligación moral de rendir homenaje, a cien años de su nacimiento, a Gerardo Pagés, profesor, miembro de esta Academia y personalidad singular, a quien mi propia formación mucho debe.

Gerardo Pagés había nacido en Buenos Aires el 27 de octubre de 1920. Se graduó y doctoró en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos, de la que había egresado con Medalla de Oro y Premio Antonio Lamberte. Becario del Gobierno de Francia, realizó estudios de Literatura y Filología Latinas en la Universidad de La Sorbona. Desde muy joven y hasta su retiro, fue Profesor Titular de Lengua y Literatura Latinas y de Filología Latina en la facultad en la que se había formado. Legendario profesor de Latín en el Colegio Nacional de Buenos Aires, ejerció allí durante un extenso período el cargo de Vicerrector y, en un breve lapso, el de Rector interino. Fue durante largos años Director de la Biblioteca del Banco Central de la República Argentina, ocupación que desempeñaba en horas de la tarde, cuando dejaba su trabajo en el Colegio y antes de sus horas de clase universitarias. La Academia Argentina de Letras lo eligió como miembro de número el 14 mayo de 1998; su fallecimiento en esta ciudad el 17 de junio del año siguiente, después de una corta dolencia, no dio tiempo para el acto formal de su ingreso.

La minuciosa bibliografía de Gerardo Pagés confeccionada por el Dr. Alejandro Parada, Director de nuestra Biblioteca, publicada en el primer número del *BAAL* de 1999<sup>1</sup>, hace innecesaria la mención individuada de los numerosos artículos y notas escritas por quien hoy evocamos. Los temas de su interés fueron múltiples, si bien algunos, como los vinculados con la influencia clásica -Virgilio en particular- en la generación de Mayo y en los autores tempranos de nuestra cultura -Lavardén, Juan Cruz Varela, Vicente y Vicente Fidel López- parecen haber ocupado lugar preeminente. Pero en su obra están también Horacio, Séneca, Cicerón, Persio, Marcial, alguna producción menos conocida como las poesías latinas de Sor Juana Inés de la Cruz o artículos cuyos títulos buscan intrigar (“La melancolía adusta en San Alberto Magno”, Plinio en Borges”, “La velada de Venus” -que no es sino la traducción del *Pervigilium Veneris*-). Su insaciable curiosidad léxica y gramatical, alimentada por lecturas vastas y olfato filológico, se volcó también en notas y artículos, muchos de ellos publicados en nuestro *Boletín*. Algunas publicaciones incluyeron unas pocas piezas poéticas, apenas algunas muestras de lo que seguramente compuso y su escrúpulo mantuvo resguardado.

\* \* \*

---

<sup>1</sup> *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, t. LXIV, N° 251-252, enero-julio de 1999, pp. 133-135.

Lo señalado en los párrafos anteriores no es sino una exposición apretada de los datos externos que diseñan una biografía requerida para esta ocasión y este lugar. Pero muchos de los colegas y alumnos de Gerardo Pagés, como quien esto escribe, la recibirán como una información despojada, que no permite ver las otras cualidades de su conducta y de su quehacer: su ejercicio docente riguroso, los temas inesperados que podía traer a la conversación, la justeza y precisión de sus palabras, la finura de su trato y un algo más, indefinible pero cierto, como es propio de las personalidades excepcionales.

A diez años de su muerte, el 21 de abril de 2010, se hizo en el aula magna del Colegio Nacional de Buenos Aires la presentación de *Docenda*, un volumen en su homenaje<sup>2</sup>. Lo que entonces dije, nacido del afecto y de una admiración alimentada por un largo trato, me sigue pareciendo adecuado para devolver algo de color a la austera información inicial. En mis palabras de aquel día, insertaba también el inesperado testimonio de un escritor que complementaba de manera inmejorable el retrato de Pagés que yo procuraba hacer. Ese discurso, que me permito reproducir a continuación, no fue publicado; acaso quedó a la espera de ser acogido por el *Boletín* de esta Academia, a la que yo ingresaría apenas un año después de la muerte de nuestro evocado. El lector entenderá las numerosas referencias al Colegio Nacional de Buenos Aires, ámbito en el que esas palabras fueron pronunciadas, al que Pagés se sentía entrañablemente unido y en el que se inició nuestro conocimiento y trato.

\* \* \*

Yo era un adolescente cuando supe de la existencia de Pagés, entonces vicerrector del Colegio Nacional de Buenos Aires. La distancia entre nosotros era entonces infinita, si se considera que es la que iba de un alumno gris y mudo de un curso anónimo a la de un prócer inaccesible, categoría en que ubicábamos, en orden reverencial creciente a los celadores, a los auxiliares, a los profesores y a las autoridades (eran otros tiempos...). Y si ajusto la lente de aproximación, tuve una primera y mínima vinculación con Pagés cierta vez en que entró a nuestra división de quinto año y se sentó en la última fila para observar la clase de una muchacha temerosa, que cumplía sus prácticas de la enseñanza de latín. Advertí que aquel señor de porte severísimo no tenía el texto que la atribulada docente de estreno analizaba; espontáneamente le alcancé el mío, gesto que me agradeció con dos palabras corteses (hoy puedo suponer que así como le facilitaba las cosas a él, no estaba haciendo lo propio con la joven profesora).

Muy lejos estaba yo de sospechar que tres años después sería alumno de Pagés en la Facultad, su colaborador como auxiliar y subregente de disciplina en el Colegio y más tarde docente de su cátedra de Lengua y Cultura Latina (que entonces dictaba junto a Amalia Nocito y Alfredo Frascini, cuyas amistades me honran hasta hoy). En 1992 fue jurado de mi tesis de doctorado. Y la indiferencia del acontecer no permitió que compartiera con él las sesiones de la Academia Argentina de Letras, a la que fui convocado apenas un año después de su muerte.

---

<sup>2</sup> Rodolfo P. Buzón *et al.* [Alfredo E. Frascini, Edith R. López del Carril, José Luis Moure, Amalia Nocito, María Eugenia Steinberg], *Docenda. Homenaje a Gerardo H. Pagés*, Buenos Aires, Instituto de Filología Clásica, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Colegio Nacional de Buenos Aires, 2008.

Lo que antecede es la revista apresurada de las circunstancias y lugares que tuve el honor de compartir con Gerardo Pagés, pero que no aciertan a dar cuenta de lo que su figura significó en mi formación, en el sentido más amplio de la palabra.

Debo a un exalumno mío de este Colegio la referencia a una carta publicada en el espacio *El trujamán* del Centro Virtual Cervantes, escrita por Fernando Sorrentino en noviembre de 2002. Siendo ajeno al Colegio y al ámbito académico más estrecho en el que se movió Pagés, nos devolvió, sin embargo, una perfecta imagen de nuestro homenajeado. Me permitiré leerles algunos párrafos, en la seguridad de que quienes conocimos y tratamos a Gerardo Pagés encontraremos en ellos un eco de nuestro sentir.

“Hacia 1995 buscaba yo una información sobre un poeta argentino de centésimo orden que había publicado en los albores del siglo XX. Un hombre de cierta edad, que se hallaba leyendo a pocos metros de donde yo lidiaba con mis tribulaciones, me dijo algo así como: «Discúlpeme que me inmiscuya en su trabajo, pero creo que puedo ayudarlo a encontrar lo que necesita...». Y, en efecto, con precisión y con memoria me condujo muy rápidamente a donde yo deseaba llegar.

Desde esa tarde en adelante, se hizo costumbre que, cada vez que yo concurría a la Academia, mantuviera con este agradabilísimo caballero —que solía estar allí casi todas las tardes— larguísimas conversaciones.

Resultó ser el doctor Gerardo Horacio Pagés, catedrático de latín en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, y hombre que —además de su sapiencia en lenguas clásicas y modernas, lingüística, literatura, historia, gramática y todas las cuestiones afines imaginables e inimaginables— podía, con total soltura, analizar los recovecos de una letra de tango, relatar vívidas anécdotas de escritores que él había conocido, instruirme sobre alguna paradoja que consentía el reglamento del rugby, describir los combates pugilísticos entre José María Gatica y Alfredo Prada, exponer las características del tenor Giovanni Martinelli, ilustrarme sobre las diferencias entre el léxico guaraní del Paraguay y el de la Mesopotamia argentina, o explayarse sobre las muchas virtudes y los escasos defectos de eximios futbolistas de otrora como José Manuel Moreno u Oreste Omar Corbatta. Etcétera, etcétera, etcétera.

En una ocasión, me preguntó si yo conocía el vocablo lunfardo “embrocantes”. Lo cierto era que yo sólo había oído tal palabra en el tango *Soy una fiera* (Francisco Martino) y que, aunque no podría en aquel momento explicar su formación y etimología, me daba cuenta, por el contexto, de que significaba ‘anteojos, largavistas, prismáticos, binoculares’. Unos minutos más tarde, y sin que pudiera establecer qué laberintos del diálogo nos habían conducido a este nuevo tema, Gerardo Pagés me explicaba los pasos y las conclusiones de su investigación sobre otros matices etimológicos y semánticos del adjetivo *sencido* («un prado / verde e bien sençido», Berceo, Milagros de Nuestra Señora, 2bc). Al rato, yo, atentísimo, lo escuchaba evaluar, mediante un razonado sistema de comparaciones, los méritos de Enrique García, Ezra Sued y Félix Loustau (los tres punteros izquierdos más

perfectos del fútbol argentino, lo que equivale a decir del mundo entero). Así eran nuestros diálogos.

*[Sorrentino cita aquí una serie de locuciones latinas de cómico efecto al poder ser entendidas como si estuvieran en castellano, y que Pages solía aducir cuando buscaba aligerar la atención durante sus clases]*

Pues bien, según los vaivenes de mis actividades, a veces dejaba transcurrir muchos meses sin acercarme a la biblioteca. Hacia mediados del año 1999, volví a ella y, con gran pesar, me enteré de que el doctor Pagés se hallaba gravemente enfermo. Y, en efecto, unos días más tarde, el 17 de junio de 1999, falleció en Buenos Aires, ciudad donde había nacido el 27 de octubre de 1920.

Lo cierto es que, con el pretexto de estas gracias latinas, he podido rendir un modesto homenaje a un hombre a quien yo admiré sin límites. Y que, probablemente, sintiera alguna simpatía hacia mí".<sup>3</sup>

He sentido una gran dificultad en mi intento de redondear una semblanza de Gerardo Pagés, que nace de la pluralidad y heterogeneidad de los recuerdos que de él guardo. Era el profesor omnisapiente, que -y duplico las desconcertantes comprobaciones de Sorrentino- así como aducía una cita latina, griega o francesa, podía de inmediato referirlas a una escena de película checa, a una etimología lunfarda o a una goleada histórica. Era también el cultivador de costumbres insólitas, elevadas a la categoría de mitos, como el iniciar los exámenes parciales a las 7.30 de un sábado y devolver las notas, infaliblemente, el lunes inmediato. Era el vicerrector que, en lejana comunidad con Amadeo Jacques, se atrevía a ocupar una inesperada hora libre de una división de acalorados cuasi bachilleres de sexto año para desarrollar un tema de cultura general, y que no se abstenía de indicar al desaliñado adolescente de la primera fila que se quitara las manos de los bolsillos, así como tampoco permitía en la Facultad que un alumno se presentara a examen sin corbata (eran otros tiempos..). Era también quien habría de distinguirnos siempre como exalumnos de este Colegio apelando a un tuteo ortodoxo (no voseo), que recibíamos como un halagador guiño de pertenencia común, cultivada incluso visualmente con el eterno pequeño escudo que nunca desertaba del ojal de su solapa.

De puntualidad kantiana, en la Facultad entraba a clase apenas iniciada la hora establecida y solicitaba de manera aleatoria la participación de los alumnos que ese día, y con diversa fortuna, deberían leer, analizar y traducir los fragmentos de la obra que se estudiaba. El método le permitía introducir y explicar las novedades gramaticales y filológicas, en su sentido amplio, a partir del texto; lo hacía con precisión, a veces con humor estratégicamente deslizado, sin aridez, perfeccionando las versiones en un castellano deliberadamente rancio, que privilegiaba un vocabulario inesperado o giros insólitos con los que buscaba dar mejor cuenta de un sintagma latino difícil (no logro

---

<sup>3</sup> *El trujamán*, 11 de noviembre de 2002.

([http://cvc.cervantes.es/trujaman/anteriores/noviembre\\_02/11112002](http://cvc.cervantes.es/trujaman/anteriores/noviembre_02/11112002)). El lector podrá leer aquí las “gracias latinas” citadas por Sorrentino.

olvidar aquel verso del libro IV de la *Eneida*, en el que Dido, subyugada por Eneas, manifiesta a su hermana Ana su admiración por la belleza del troyano con el hemistiquio exclamativo "*Quem sese ore ferens!*", y que Pagés, con serio riesgo de agramaticalidad, pero con impecable eficiencia docente, tradujo, para envidia de Juan de Mena "¡Portándose cuál en cuanto a su rostro!". Aun fuera del aula se permitía el empleo de expresiones que yo no he vuelto a oír (llevo en la memoria un galicismo como "voy a ensayar de hablar de nuevo" o aquel anacrónico giro con el que me respondió cierta vez, cuando le señalé que un colega había estado buscándolo en la sala de profesores; me dijo entonces "intentaré hacerme en contradicho con él"). Y yo, que como dijo Borges con respecto a Lugones, lo admiré hasta el plagio, enfrentado en cierto examen a la cláusula temporal "*Qui ubi primum adolevit*", con la cual Salustio inicia la referencia a la primera juventud de Yugurta (que cualquier persona en su sano juicio habría traducido "Tan pronto como dejó la infancia" o "Tan pronto como creció") le devolví a Pagés, con abuso de imitación, desmesura etimológica y temeridad cultista "Así que adoleció", que lo llenó, según advertí, de satisfacción y a mí de orgullo.

Su discreción era inexpugnable. Como los tímidos nos reconocemos, pronto supe que él lo era. Podía sostener una carcajada o evitar una conversación, pero intuíamos que en cualquier caso su razón era valedera, sin que acertáramos a saber qué desazón o qué amargura lo asediaba ese día; sabíamos también que, cualquiera fuese, la llevaría consigo sin participarla. Con frecuencia vuelve a mi memoria la escena de su último día como vicerrector de este Colegio; lo recuerdo recorriendo los cajones de su escritorio, desechando algunos papeles y guardando otros en un maletín que no le conocía; aquella mañana alcancé a ver por primera vez el retrato de alguno de sus hijos, que conservaba seguramente en un rincón privadísimo.

Me parece innecesario subrayar cuánta admiración y afecto le tuve. El azar quiso retribuirme la hondura de ese sentimiento de una manera inesperada. Hace ya largos años, solicitado por su hija Marie Ivonne para revisar la biblioteca paterna, pude conocer la casa de la calle Yermal, aquel lugar que tantas veces había imaginado sin lograr ensamblar adecuadamente las dimensiones académica y doméstica de una persona que, parafraseando una vez más a Borges, parecía adolecer de irrealidad. Allí estaban sus gramáticas latinas, sus diccionarios, los volúmenes de textos clásicos que tantas veces yo le había visto traer y llevar con la mano izquierda apretada sobre la solapa del saco, las antologías y novelas francesas compradas seguramente durante su estada de joven becario en París. Pero en la casa desierta, junto a su mujer e hijos, que ya no vivían allí, pero que habían querido venir a saludarme, a la par del hondo vacío de su ausencia, ya fuera por efecto de la sugestión, según me imponen mis cartesianos reparos, ya fuera porque ciertos hombres dejan marcas intensas en los espacios que ocuparon y las cosas que tocaron, me envolvió la serena calidez que parecía provenir de un espectro benévolo, de quien finalmente me había abierto las puertas de su reducto más íntimo y me mostraba los libros con los que me había enseñado.

No he hablado de la finura de su trato, porque nadie que lo haya conocido habrá olvidado su figura pulcra, el tono medido de su voz, su absoluta incapacidad para el mal gusto.

Creo haber fracasado en mi intención de eludir lugares comunes, de modo que puedo añadir uno más. Haber conocido a Gerardo Pagés y haber sido destinatario de su conocimiento y de su amistad fue un raro privilegio.

Pero a quienes padecemos de nostalgia, a quienes debemos recorrer todos los días los escenarios de vulgaridad que nos ha tocado en suerte transitar, el dolor de su ausencia alimenta una tristeza de alcance más amplio: la convicción de que con Pagés se fue también un perfil de argentino irrepetible, de esos que dieron el tono a una concepción y a una práctica de la huidiza belleza del vivir, cuya pérdida sólo podemos deplorar.

José Luis Moure